

MEGALITISMO, AGRICULTURA Y COMPLEJIDAD SOCIAL: ALGUNAS CONSIDERACIONES

JOSÉ ENRIQUE MÁRQUEZ ROMERO

RESUMEN

Tradicionalmente se ha considerado que los primeros grupos campesinos del occidente europeo, en su dinámica de consolidación económica y territorialización, recurrieron a la erección de *estructuras monumentales y/o funerarias* para legitimar, durante sucesivas generaciones, la existencia de una relación directa entre estas construcciones y el usufructo del suelo donde eran llevadas a cabo. Además, en este discurso, los monumentos ayudaron ideológicamente a reproducir el orden social dominante. Ambas tesis funcionalistas y sus variantes, siguen teniendo, implícita o explícitamente, una singular implantación en la interpretación que del fenómeno megalítico se viene realizando en el sur de la Península Ibérica. La intención del presente trabajo es la de ofrecer una visión crítica de algunos de los principios teóricos y empíricos sobre los que descansa tal visión del megalitismo.

ABSTRACT

It was traditionally believed that the first groups of farmers in western Europe, who searched for economic and territorial settlement, used funerary structures and other monuments to legitimise a direct relationship between these structures and the use of the soil where these structures and the said monuments were erected. A related argument to this is the believe that these monuments contributed to support the social order. Both ideas, that can be considered functionalist, still have an important implicit or explicit influence in the interpretation of megalithic monuments in the Iberian Peninsula. This essay intends to provide a criticism of some of these theoretical or empirical principles on which these interpretations of megalithic monuments rely.

PRIMERA PARTE: Pensar el Megalitismo.

1. INTRODUCCIÓN. En el principio...fue Meillassoux

Es lugar común en los estudios sobre el megalitismo europeo reconocer en el artículo de C. Meillassoux, *From reproduction to production* (1972), las

claves para valorar correctamente la importancia de los antepasados en los sistemas de creencias y en la organización social de los primeros grupos neolíticos (ver p.e. Chapman 1981 a, 73; Bradley 1984, 15; 1998, 51-52; Ingold 1986, 154; Barret 1994, 142). En su paradigmático trabajo, C. Meillassoux asume la distinción de funciones, establecida en su momento por C. Marx, entre la tierra considerada como *objeto* o bien como *medio* de trabajo. La primera función es reconocida en la economía de los cazadores recolectores y la segunda en los grupos ya neolíticos (1972, 98-99). Además, dicho autor, apunta las implicaciones sociales y rituales –aparición del culto a los antepasados– que tal contingencia acarrea (1972, 99).

De tal manera, señala que entre los cazadores-recolectores existe una escasa inversión de trabajo sobre el territorio, ya que la actividad productiva se limita a recoger de la tierra el producto ya formado por ella, lo que supone que el rendimiento es instantáneo y sólo requiere de unas precarias relaciones sociales –simple adhesión– en tal empeño subsistencial (1972, 99). No se generan excedentes, ni asentamientos permanentes y el trabajo requiere una escala temporal corta –actuaciones puntuales y dispersas– todo lo cual, explica que entre los cazadores recolectores no exista un concepto de territorio fijo y exclusivo. Por otra parte ningún miembro del grupo puede reclamar, como propia, la reproducción de las fuerzas de la naturaleza, ni se reconoce aportación alguna de las generaciones anteriores –antepasados– en la preparación o mejoramiento de la tierra de la que obtienen directamente los recursos. No existe una memoria genealógica –al menos que exceda una o dos generaciones– y carecen también de funerales y rituales que, como culto a los antepasados, establezcan vínculos entre vivos y muertos.

El rendimiento diferido de la agricultura, que exige una previa inversión de trabajo en la tierra, supone un cambio radical en el panorama descrito. Ahora –en el Neolítico– la producción de alimentos, continúa Meillassoux, modifica la percepción temporal de los grupos campesinos en los que *la continuidad* se convierte en una característica esencial de la organización económica y social. Al estar atados, de una generación a otra, a un espacio concreto del territorio, reconocen que dependen del trabajo –clareado de campos, almacenado de semillas, etc.– de generaciones pasadas, de las que terminan por sentirse herederos (1972, 99). Arrastrados por el sedentarismo, comienzan a percibir, valorar y reclamar el trabajo de las generaciones anteriores sobre el mismo territorio. Así surge una escala temporal amplia que reconoce el pasado y el peso de los antepasados en la formación del propio paisaje y sustituye la prodigalidad y desarraigo que caracterizaron a los cazadores-recolectores. Se produce pues, y como novedad, un estrecho sentimiento de genealogía y los ritos ancestrales se usarán para validar o sancionar el acceso al usufructo de la tierra y sus recursos.

Desde la perspectiva actual resulta fácil señalar algunas limitaciones de esta propuesta, especialmente el carácter simplista y estático de las categorías sociales y económicas comparadas; no obstante, en su conjunto, el modelo explicativo resultó especialmente válido y no debe extrañar que numerosos prehistoriadores recurrieran, más o menos fielmente, a sus postulados para explicar un fenómeno tan complejo como el megalitismo.

2. LA FUNCIÓN SOCIAL DE LOS MONUMENTOS

Una vez que la revolución de las dataciones absolutas (C-14) liberó a los investigadores de la pesada tarea de aclarar el origen geográfico de las primeras estructuras megalíticas (Renfrew 1986, orig. 1973), sería, como es bien conocido, también el propio C. Renfrew, el primero en formular una teoría coherente que explicara la aparición occidental de estos monumentos. Su propuesta descansaba sobre dos principios bien simples, a saber: el primero reconocía en los megalitos marcas territoriales de las primeras sociedades campesinas del occidente europeo, y el segundo, defendía que la complejidad social que, *in crescendo*, se debió desarrollar entre estos grupos, podía *ser leída* a partir de la diversidad morfológica de los sepulcros y en la naturaleza variable de sus ajuares (1973; 1986 –orig. 1976–; 1981; 1984). Estas dos premisas, como sólido eje de coordenadas, han servido a generaciones de arqueólogos en su empeño por comprender la mentalidad de los constructores de tan singular arquitectura. Profundicemos sobre tales ideas.

Argumentaba C. Renfrew, que la erección de estos monumentos respondía a una expresión territorial del comportamiento de grupos segmentarios de pequeña escala, localizados en la costa Atlántica de Europa en los momentos iniciales del Neolítico. Según su opinión, dichos grupos de *campesinos* asentados en las regiones occidentales del continente¹, con el paso del tiempo –varias generaciones– se vieron sometidos a la presión demográfica que acarrearía las nuevas prácticas subsistenciales (sistema mixto agropecuario) y las aportaciones poblacionales de inmigrantes neolíticos, lo que supuso la aparición de la territorialidad entre dichos grupos y, en última instancia, la emergencia del megalitismo. Los monumentos serán entendidos, en este proceso histórico, como marcas territoriales que permitieron expresar simbólicamente la división del espacio ocupado y la *cohesión social* de los grupos en él inscritos (1976, 200 y 206; 1984, 75). En paralelo a las propuestas ya adelantadas por Meillassoux, los antepasados, *presentes* en tal arquitectura, serán utilizados por sus constructores con el fin de legitimar la posesión de la tierra que se ha convertido, en esos momentos, en un recurso fundamental.

1. Renfrew incluye en estos campesinos tanto la población mesolítica neolitizada como a los inmigrantes neolíticos (agentes de la neolitización) llegados al occidente europeo.

Siguiendo, en parte, la línea argumental arriba expuesta, pero intentando superar algunas de sus limitaciones, R. Chapman (1981 a) vinculó la aparición de las primeras necrópolis europeas, no con el cambio en el modo productivo como se colegía de los trabajos de C. Meillassoux, y se desprendía de la posterior lectura de Renfrew, sino con periodos históricos de desequilibrio entre la sociedad y ciertos recursos críticos. Esta contingencia suponía adelantar la emergencia de los cultos a los antepasados y las prácticas funerarias generalizadas, a las que también le atribuía una función simbólica legitimadora, ya a momentos finales del mesolítico europeo. Limitó así el determinismo agrícola de C. Renfrew al estimar que la naturaleza de los recursos críticos, considerados como detonantes, variaba en el tiempo y el espacio, lo que supondría, en la práctica, la emergencia de prácticas funerarias en diversos lugares y ajustadas a procesos de desequilibrio distintos. Así, por ejemplo, en el suroeste de la península ibérica, el suministro de agua, en una región supuestamente muy seca, pudo ser el dinamizador de dicho proceso simbólico (1981 a, 79). R. Bradley (1984) por su parte se manifestaba de forma similar al considerar que sería un aumento en la inestabilidad de las sociedades durante periodos de presión o conflicto, el que provocó el cambio económico y llevó, a las comunidades prehistóricas del Neolítico inicial, probablemente a simbolizar sus identidades a través de estilos coherentes de artefactos, y en lo que aquí nos interesa, mediante la erección de monumentos megalíticos (1984, 34-35). En resumen, la tesis de un megalitismo como garante de la cohesión social y elemento primordial de un sistema de creencias que permitía encauzar las aspiraciones territorial de los distintos grupos campesinos se consolidó durante la década de los ochenta sin demasiadas resistencias.

El otro considerando de la interpretación clásica de Renfrew (1973; 1981) advertía que, una mirada atenta al fenómeno megalítico en su proyección diacrónica y geográfica, permitiría observar como la naturaleza de las construcciones y su distribución espacial, podían informarnos sobre la organización social de sus autores. Animado por los planteamientos de la arqueología espacial e influido por los estudios de Service y Shalins sobre las *jefaturas* abordó el megalitismo de la región de Wessex empeñado en un intento ambicioso de reconstrucción histórica. Sus elementos de análisis fueron tres: la distribución espacial de los monumentos, la fuerza de trabajo supuestamente empleada en la construcción de cada uno de ellos y finalmente el desarrollo cronológico de los distintos yacimientos de la citada región. El resultado, bien conocido, le llevó a discriminar, en el caso estudiado, suficientes elementos definidores —sociales, económicos, simbólicos— como para defender la aparición de sistema de *jefaturas* en los momentos finales del neolítico británico (1973, 556-557). Al margen de las conclusiones puntuales de dicho estudio, Renfrew animó a muchos autores a reconocer en el megalitismo —concreta-

mente en sus características constructivas, dispersión espacial y deposiciones funerarias- un indicador válido de la complejidad social durante la Prehistoria; así, la característica presencia de inhumaciones colectivas obedecía, no había dudas, a la naturaleza igualitaria de las sociedades que los construyeron, mientras que la riqueza de ajuares funerarios se encargaría de registrar cualquier síntoma de desigualdad social que pudiera surgir. En conjunto, tales análisis formales –tipologías de sepulcros, dimensiones, divisiones internas, contenidos, etc- podrían ser incluso cuantificados, en lo que R. Chapman llegó a denominar “megalitometría” (1981 b, 102-103).

En definitiva se hilvanó un modelo interpretativo que descansaba en: a) aceptación del *modo de vida campesino* pleno como una constante; b) reconocimiento de su implantación en el occidente europeo como detonante de la monumentalidad megalítica; c) empleo de estas *construcciones como marcas territoriales* que fijan y anuncian la presencia de la comunidad que reclama de esta manera la propiedad de la tierra donde se asienta, y d) empleo ideológico y coyuntural de la arquitectura para *reproducir el orden social* dominante. Repasaremos a continuación la vigencia de tales supuestos funcionalistas y las principales críticas o matizaciones por ellos recibidas en los últimos años.

3. MEGALITISMO Y MODO DE VIDA CAMPESINO

Para entender los motivos que llevaron a los funcionalistas británicos a asociar los primeros monumentos megalíticos con el modo de vida campesino, hay que reseñar dos principios teóricos propios de los años 80 que tuvieron singular importancia en la consolidación de tal idea: el primero, la tesis de Meillasoux sobre la aparición del culto a los antepasados, ya comentada más arriba; el segundo, la concepción idealista o metafórica del Neolítico que asumieron dichos autores en sus primeros trabajos. Nos detendremos en este último particular.

Hay que señalar que, en las islas británicas y en los países escandinavos, donde se generaron inicialmente estos modelos explicativos funcionalistas, las primeras evidencias arqueológicas del modo de vida productor coincidían prácticamente con la aparición de los monumentos megalíticos. Por otro lado, el Neolítico era concebido como un conjunto homogéneo e integrado de rasgos materiales (*integrated package*) que llegaron tardíamente a las regiones más occidentales del continente, procedentes de centro Europa (cultura LBK). Esta visión difusionista acarrea que, al reconocer arqueológicamente uno sólo de esos rasgos o elementos *importados*, se colegía mecánicamente la manifestación del conjunto total y, por extensión, del modo de vida agropecuario con el que se suponía íntimamente relacionado tal neolítico, en sus orígenes orienta-

les (Thomas 1996, 311). La profunda creencia en la homogeneidad y superioridad del Neolítico frente a formas de existencia humana anteriores, impidió valorar en su justa medida la escasa adecuación que el registro empírico ofrecía a tales postulados. En tal coyuntura, el megalitismo se integró como un argumento explicativo *de carácter circular*: así, su aparición servía para demostrar la existencia de prácticas agrícolas intensivas (con escasa base empírica), mediante la presencia de los propios monumentos megalíticos que, paradójicamente, se consideraban resultado de aquellas (Thomas 1999, 23-24).

Trato similar recibieron otros inesperados *compañeros de viaje* de los megalitos: los *enclosures*. Como es bien sabido, estos singularísimos yacimientos son lugares espacialmente acotados por una, dos, o incluso más zanjas o trincheras perimetrales, con planta circular o subcircular, que circunscriben un área interna que frecuentemente supera las 10 hectáreas. Las zanjas repetidamente aparecen interrumpidas, posibilitando el paso fuera/dentro por numeras *aberturas*. La sección de dichas trincheras siempre es en "V" o "U", y en ocasiones presentan asociadas alineamientos de postes que pueden responder a empalizadas. El espacio interiormente creado, es ocupado de forma singular: así en ocasiones no quedan evidencias de actividad humana alguna, mientras que en otros se documentan pozos excavados en el propio terreno *-pits-* y/o *fondos* de posibles cabañas o edificios muy endeblés. Lo que nunca aparece en superficie son evidencias de construcciones duraderas o restos de espacios de funcionalidad doméstica bien marcada. Pese a ello, y tal era la profunda creencia en la universalidad del modo de vida campesino, fueron interpretados desde un primer momento, y sin vacilaciones, como asentamientos humanos de carácter estables y fortificados debido a la presencia de dichas zanjas. Se pensaba que los pozos eran las únicas evidencias de tales poblados que, por la naturaleza de las construcciones o por procesos postdeposicionales, habían desaparecido (Field, Matthews y Smith 1964, 367). Por otra parte, la descomunal extensión de estos supuestos recintos *domésticos* se ajustaban satisfactoriamente a la magnitud funeraria con la que se los relacionaba. Así, se cerraba satisfactoriamente el círculo interpretativo.

Sin embargo el discurso explicativo dominante empezó a sufrir grietas en su estructura. Por ejemplo, se suele atribuir a I. Smith la primera hipótesis no utilitarista de estos yacimientos. En concreto dicha autora sugirió, en su estudio sobre Windmill Hill, realizado a mediados de los años 60, que estos yacimientos no eran poblados permanentes sino lugares de encuentro (*meeting place*), escenarios para ceremonias y eventos comunales (Smith 1966, 474), en definitiva: otros monumentos. Esta hipótesis, no sin resistencia, ha ido cobrando paulatinamente vigor durante la década de los años 80 y 90, y es hoy ciertamente mayoritaria, al menos en el ámbito anglosajón y los países escandinavos (Madsen 1988, 321; Edmonds 1993 y 1999; Bradley 1993, 86; Bender 1998,

56; Thomas 1999, 29 etc.). Por ejemplo C. Evans ha sugerido que los *enclosures* nunca fueron monumentos estáticos ni finalizados; todo lo contrario, se caracterizaban por concentrar, a partir de un recinto primigenio, unas prácticas (*acts of enclosure*) de construcción y reconstrucción de zanjas y pozos, conjuntamente con su negación explícita, es decir, por un proceso también intencionado de relleno de dichas estructuras. Estas estructuras no participaban en el monumento como elementos constructivos al uso, sino que inscribían en el terreno eventos o actividades especiales. Así el continuo mantenimiento y la reelaboración de las zanjas, junto con la repetición del modelo de deposición dentro de ellas representaban un discurso de redefinición de un espacio social originario (Evans 1988, 85 y ss). Los pozos que, en numerosos yacimientos y por centenares, fueron hallados en su interior, y que habían sido tradicionalmente considerado silos abandonados o reutilizados como basureros –*storage pits*–, (Field et alii, 1964) se empezaron a considerar depósitos normalizados de carácter ritual insertos en prácticas ceremoniales de mayor escala (ver p.e. Whittle, 1988, 10; Evans, C. 1988, 89; Bradley 1993, 86; 1998, 73; Rideout 1997, 57; Edmonds 1999, 128; Thomas 1999, 70; Bender 1998, 56). Así esta fenomenología arqueológica –enclosures y pozos rituales– se interpretarán como una manifestación más del Neolítico occidental, a modo de *lenguaje material* (Thomas 1998, 154), inseparable de las propias construcciones funerarias y ceremoniales clásicas.

4. AGRICULTURA Y MEGALITISMO: Una revisión

No existen dudas de que la primera monumentalidad en el occidente europeo se *desarrolla* durante el Neolítico². Existen sobradas evidencias de domesticación de plantas y animales en todo el occidente europeo en esos momentos. Otro tema es la naturaleza y alcance de dichas prácticas económicas. Así, paulatinamente, con el desmoronamiento de la tesis del Neolítico como metáfora, se ha podido observar como las evidencias empíricas del modo de vida campesino eran, frente a lo esperado, sumamente débiles, y el peso de la agricultura y el sedentarismo, menor de lo supuesto (ver p.e. Barret 1994, 83; Bender 1998, 58; Bradley 1998, 9; Edmonds 1999, 26; Thomas 1996, 318; 1999, 25)

Por tanto, la *tesis campesina* ha ido perdiendo peso y, como contrapartida, han surgido interpretaciones alternativas que intentan discriminar la auténtica condición de la economía de estas sociedades (Barret 1994; Bender 1998; Edmonds 1998). Una sugerente propuesta fue realizada por J.C. Barret en 1994

2. Aunque como es bien sabido existe un Protomegalitismo surgido entre los grupos mesolíticos del occidente europeo.

en su obra *Fragmenst of Antiquity*. Dicho autor, retomando parcialmente los trabajos clásicos de E. Boserup, defiende la existencia, dentro de la agricultura de la prehistoria, de una clara diferencia entre unas prácticas fundamentadas en largos o cortos barbechos. Esta contingencia supone una organización distinta de los trabajos y especialmente, diferentes forma de propiedad de la tierra. Cuando un grupo fundamenta su agricultura en largos barbechos, requiere escasas inversiones tecnológicas en el laboreo, los asentamientos humanos son producto de cortos periodos de tiempo y el acceso a los campos cultivables, como a cualquier otro recursos críticos (amplio espectro económico), se realiza alternativamente. Este modelo es el que, según J.C. Barret, caracterizará las comunidades megalíticas entre el *cal.* quinto-cuarto y tercer milenio a.C. configurando un paisaje que fue construido por continuos movimientos a través de su superficie y que se ve cuajado por una auténtica constelación de lugares (asentamientos temporales, *enclosures*, monumentos funerarios) cargados de significado social y religioso (1994, 132-154).

Recientemente (1999), y en la misma línea, M. Edmonds ha planteado para las sociedades megalíticas un paisaje-*Ancestral Geographies of the Neolithic*- alternativo al campesino tradicional. Según este autor nos encontramos ante un paisaje disperso y fragmentado por el que las pequeñas comunidades se mueven continuamente, congregándose y dispersándose. Acompañadas por sus rebaños, base primordial de su economía -donde también se integran otros recursos silvestres y agrícola pero de forma menos relevante-, estas poblaciones ajustan sus desplazamientos a ciclos estacionales socialmente prescritos. Así la movilidad no está marcada simplemente por la disponibilidad de los recursos, sino por normas estrictas que hay que seguir y que permiten ciertos desplazamientos mientras que prohíben otros. En definitiva los monumentos configuran la manera en la que la gente puede moverse por el espacio sacralizados. En este paisaje alternativo, los *enclosures*, negado su carácter funcional como simples poblados, se convierten en los espacios en los que se producen los encuentros puntuales y cíclicos de estas comunidades dispersas. En su interior se escenifican la mayoría de ritos de tránsito de estas poblaciones -pubertad, matrimonio, muerte, etc- y en definitiva, los allí congregados reconocen en estos lugares, la existencia de un orden en el cosmos y en sus formas de vida (1999), se reproduce, por tanto, el orden económico y social.

Lecturas similares se están generalizando en otras áreas europeas de gran significación monumental, tal es el caso de Bretaña donde C. Scarre (2001) ha planteado que los movimientos estacionales de las poblaciones megalíticas, -con escasa densidad demográfica- se inscribían en ciclos de dispersión y agregación de mayor escala a través de un paisaje sacralizado por los megalitos; además, los estudios del patrón de asentamiento, dispersión de monumentos y análisis polínicos confirman que la agricultura practicada no acarrea el

sedentarismo y, como ocurre en otras zonas occidentales del continente europeo, el paisaje verdaderamente agrario no aparece en Bretaña hasta la edad del Bronce (Scarre 2001, 297 y 302). En Escandinavia (Madsen 1988; Lidén 1995), Galicia (Criado et alii 2000; Villoch 2001) o Portugal (Valera 2000; Oliveira y Oliveira 2000) el panorama descrito no parece desentonar de la nueva tónica general.

Por tanto, como alternativa al modelo renfrewniano, se nos manifiesta un megalitismo ahora pensado como una modalidad neolítica occidental, que no se entenderá como el modo de vida campesino tradicional, extrapolado mecánicamente al oeste europeo y sujeto a un modelo evolutivo y universal, sino como una *reformulación* occidental de los principios fundamentales (ideológicos y/o económicos) del Neolítico clásico. Ante tal contingencia, se abre un reto a la investigación que tendrá que reubicar o redefinir valores económicos, sociales y simbólicos que parecían absolutos y ahistóricos.

5. MONUMENTOS, IDEOLOGÍA Y COMPLEJIDAD SOCIAL

Antes de las propuestas de Renfrew, el evidente cambio acaecido en las prácticas funerarias europeas a finales del III milenio a.C. (sustitución de enterramientos comunales megalíticos por inhumaciones individuales propias del ámbito Campaniforme y la Edad del Bronce), había sido explicado por la investigación arqueológica tradicional, en los términos difusionistas de Gordon Childe, como un cambio en el funeral como resultado de dos aportaciones poblacionales distintas que, supuestamente, se habían sucedido en el tiempo: primero misioneros megalíticos y después guerreros campaniformes, cada una de ellas con modos distintos de tratamiento de la muerte. Como cualquier otra novedad cultural, la clara mudanza en las prácticas funerarias era entendida por el difusionismo como consecuencia del movimiento efectivo de la población. Frente a estos planteamientos, el funcionalismo, como ya hemos apuntado más arriba, interpretó el tránsito de un ritual a otro como el resultado del aumento de la jerarquización social que se había producido entre los primeros grupos neolíticos del occidente europeo. En estos términos, tal diferenciación se habría producido paralelamente al desarrollo e intensificación de las prácticas agrícolas, provocando un cambio ideológico en el que las diferencias de estatus, de las elites y grupos de poder emergentes, serían exaltadas satisfactoriamente: bien mediante la negación explícita del colectivismo que, de facto, representaba la novedosa generalización de los enterramientos individuales, bien con la aparición de objetos personales y de prestigio entre los ajueres funerarios que resultaban cada vez más lujosos.

Al igual que el primer argumento –modo de vida campesino– esta lectura ha sido puesta en cuestión desde distintas posiciones teóricas. Hasta tres pun-

tos débiles pueden ser detectados en este análisis social. 1) el primero considera que es posible leer directamente las relaciones sociales a partir de las características formales de las prácticas funerarias, lo que no deja de ser una ingenuidad epistemológica; 2) el segundo mantiene que la muerte -ritos funerarios- y su significado se mantuvieron inteligibles y constantes durante varios milenios, permitiendo así que se pudiera integrar, en un lenguaje invariable y ancestral el nuevo mensaje ideológico de los dominantes sin contradicción alguna en el discurso; 3) y finalmente implica que la dialéctica -sociedad versus individuo- que subyace en todo este modelo explicativo, utiliza un concepto de individuo que es más propia de la sociedad capitalista en la que vivimos, que de las sociedades primitivas que estudiamos. Nos centraremos en el primer argumento, mientras los otros dos serán desarrollados en los siguientes epígrafes.

El empirismo consideraba que la cultura material reflejaba de forma mecánica el mundo social. Estos postulados, en lo que al megalitismo se refiere, fueron criticados por M. Shanks y C. Tilley (1982). En un trabajo, que con el tiempo se tornó paradigmático, *-Ideology, symbolic power and ritual communication-* y partiendo de los trabajos de P. Bordieu y su concepto de *capital simbólico*, advirtieron que los rituales funerarios eran un caso particular de legitimación ideológica del orden social. En tal tesitura, las prácticas funerarias no reproducían simplistamente la naturaleza social del grupo como el funcionalismo mantenía sino que, realmente lo que buscaba era invertirla y falsearla interesadamente (1982, 152). Así los megalitos fueron considerados como elementos de un discurso ideológico de poder y de enmascaramiento del orden social durante la Prehistoria. Los autores, que asumían que en las comunidades neolíticas de Inglaterra y el sur de Suecia, debió existir un acceso diferencial al poder, estudiaron desde principios estructuralistas, la disposición y deposición de los restos óseos humanos en *longs barrows* de sur de Inglaterra y Suecia para intentar desentrañar los términos en los que la ideología actuaba sobre tal mundo funerario. Su análisis cotejaba una serie de principios estructurantes observables en el registro arqueológico, a saber: contraste entre restos articulados y desarticulados, diferenciación entre personas adultas y jóvenes, proporción de restos óseos según su lateralidad o presencia de individuos masculinos y femeninos en el cómputo funerario. El método permitió identificar comportamientos intencionados de afirmación de los colectivo y lo simétrico en la deposición de cadáveres que aparecían en el interior de estas estructuras monumentales, lo que desde los principios teóricos asumidos por sus autores, se entendían, claro está, como mecanismo ideológico que enmascaradas las auténticas relaciones sociales y de poder. Las actividades funerarias servían para marcar lo que podía ser *pensable* (el orden social simétrico que manifestaban los enterramientos) y lo *no pensable* (el orden social asimétrico real que había que negar) (1982, 151).

Después de este trabajo, y de sus no pocas críticas, se hizo necesario abordar el tema desde unos postulados menos simplistas que profundizaran sobre el posible papel jugado por la ideología en el mundo funerario.

6. MEGALITISMO: Muertos y antepasados

El significado de la muerte entre los primeros grupos neolíticos y sociedades de la Edad Bronce se concebía monolítico e inalterable. Tal contingencia legitimaba que se pudieran establecer comparaciones entre práctica funerarias propias de sociedades muy distintas y separadas en el tiempo. La crítica rupturista a tal principio histórico, se debe a J.C. Barret (1988; 1994, 52 y ss). Dicho autor niega los principios tradicionales arriba apuntados y rechaza que los ritos funerarios de la prehistoria europea reflejen afiliaciones étnicas (como proponía Childe) o que manifiesten emergentes diferencias de estatus individuales (como proponen los funcionalistas), por el contrario los considera como prácticas a través de las cuales se reproducen las condiciones de la vida social. Esto le lleva a distinguir dos tipos de prácticas mortuorias: la primera serían *los rituales de los ancestros* o antepasados, propias de las sociedades neolíticas constructoras de dólmenes, y la segunda *los ritos funerarios* que caracterizan a las primeras sociedades de la Edad del Bronce. Según Barret al utilizar tantos unos como otros restos humanos para construir sus discursos, los arqueólogos no habían sabido distinguir desde el registro empírico, que dichos restos estaban inscritos en discursos diferentes e inconmensurables entre sí. Nos detendremos necesariamente en describir esta hipótesis.

Según J.C. Barret, los *rituales de los antepasados* (megalíticos), utilizan los restos humanos, la presencia física de la muerte, para producir o generar, junto con la arquitectura monumental, lugares donde se manifiesta la presencia de los ancestros. La deposición inicial de los cadáveres, así entendida, sólo marca el paso previo o de fundación del espacio ancestral donde los vivos se congregan cíclicamente. Dicha presencia de los antepasados sirve para sancionar y estructurar las actividades que realizan los vivos. Como recordará el lector, este autor defendía una economía no campesina de estos grupos y la movilidad de los mismos, que se realizaba siguiendo ciclos que los llevaba de unos lugares sagrados a otros (sepulcros, enclosures etc); en esta dinámica la muerte física se ofrece como creadora de espacios singulares desde los que se accede a los antepasados por parte de los vivos que participan en prácticas ceremoniales cíclicas. En cambio los posteriores *rituales funerarios* (Edad del Bronce), reflejan un acto de observancia exclusivamente mortuaria; marcan el punto final de una serie de ritos de tránsito que caracteriza la vida social de cada individuo (ritos iniciación, matrimonio, etc.), fijando en el paisaje, (desde aho-

ra enterramientos simples que configuran necrópolis) el punto de ruptura entre la comunidad y la persona fallecida. En este discurso los artefactos propios de ajuar, no señalan realmente el estatus del difunto, sino que responde a prácticas deposicionales de cierre o conclusión del funeral. Los poblados campesinos, ya permanentes, ven crecer necrópolis anexas, donde las sucesivas deposiciones funerarias crean un orden espacial y temporal de la muerte que mantendrán o desarrollarán líneas concretas de autoridad y herencia entre los vivos (1988, 31; 1994, cap.2).

La propuesta comentada resulta sugerente y rompe el discurso tradicional funcionalista, pero peca de simplicidad al comparar las prácticas mortuorias del Neolítico Inicial y de la Edad del Bronce, como si se trataran de comportamientos homogéneos y excluyentes por los que hay que decidirse: ancestros o difuntos. Por tal motivo J. Thomas ha matizado que ambos rituales (ancestros y funerarios) están presente en todas las sociedades prehistóricas pero variando el énfasis dado al concepto de antepasado en cada caso (2000, 665). Veamos sus argumentos, que en cualquier caso asumen muchos de los planteamientos previos de J.C.Barret.

Según este autor, independientemente de la forma en la que se manifieste, la presencia de la muerte juega un papel activo en la construcción de la identidad de los vivos. Así entre las comunidades megalíticas existe una clara convivencia entre vivos y muertos: Los abundantísimos restos humanos, (completos e incompletos, articulados o desarticulados) hallados en pozos y zanjas de enclosures, la manifiesta manipulación que muchos de los cadáveres presentan, o la no menos evidente prácticas de circulación de reliquias óseas, se suman a los osarios que se depositan en los enterramientos monumentales, subrayando la presencia explícita de la muerte en el paisaje de los vivos. Muerte, en definitiva y en contra de lo supuesto por J.C. Barret, que presenta en el Neolítico un marcado carácter *ubi-cuo* y que difícilmente puede ajustarse a un modelo rígido de creación exclusiva de lugares de presencia ancestral (2000, 660 y 662). Esta relevante y poliédrica presencia de la muerte en el paisaje, insertada incluso en prácticas rutinarias, se explica por la manera singular de crear su identidad los grupos megalíticos. Dichos grupos se trasladan cíclicamente con sus ganados, pero ajustando sus desplazamientos a ceremonias y encuentros repetitivos (que como se ha apuntado debían tener lugar en los *enclosures*) donde la identidad se construye a partir de la experiencia común de los grupos de filiación. Por el contrario, con el tiempo, (en el contexto británico a partir del Late Neolithic, 3000 cal. A.C.) se modifica la actitud hacia la muerte física. Aparece ahora un claro intento o esfuerzo por separarla de los vivos. Ya no existirá la manifiesta cohabitación reseñada entre unos y otros. Se abandona el trasiego de esqueletos y los sepulcros abiertos al exterior. La muerte cesa así de formar parte del presente y es ahora resituada en el espacio (aparecen auténticas necrópolis de enterramientos individuales y cerrados) y en el tiempo, donde ocupará desde estos momentos y con propiedad, el

lugar que le corresponde: el pasado. Como consecuencia la identidad, poco a poco, (paralelamente a la aparición del poblamiento plenamente sedentario) pasa de descansar en los grupos de filiación a fundamentarse en, y por, los descendientes (2000, 665).

En el fondo lo que Thomas propone es que tras ambas prácticas funerarias lo que existe, no son dos rituales excluyentes, sino dos maneras diferentes de concebir los antepasados y de integrarlos en la vida social de cada grupo. En el primero de los casos los antepasados se mueven y participan, junto con la gente, los rebaños y los regalos, en los encuentros cíclicos, (muerte ubicua); mientras que con el tiempo, ya en la Edad del Bronce, se personificarán en seres fijados en el espacio y el tiempo, dentro de líneas de descendencia reconocibles.

7. INDIVIDUOS, SOCIEDAD Y MONUMENTOS

La última crítica al tratamiento que el funcionalismo ha dado a la complejidad social y al ritual megalítico nos parece determinante; nos referimos al empleo inadecuado, por ingenuo y presentista, del binomio individuo-sociedad para *personalizar* el antagonismo y las contradicciones sociales supuestamente generadas en las sociedades megalíticas y, con el tiempo, también durante la Edad del Bronce.

Tanto las interpretaciones clásicas que afirman que estamos ante sociedades megalíticas igualitarias con enterramientos colectivos, como aquellas otras, también comentadas, que consideran que la democratización ideológica de la muerte en deposiciones colectivas busca la inversión y el enmascaramiento del auténtico orden social, no advierten que, en la ontología primitiva, no hay lugar para un nivel de conceptualización del individuo tal y como es concebido en nuestra civilización. Así, la pretendida dialéctica individuo-sociedad es, sencillamente, impensable en sociedades como las que estudiamos. Como apunta A. Hernando caemos en el error de atribuir a grupos de otras sociedades o culturas, formas de entender la realidad y de relacionarse con ella propia de la sociedad moderna occidental (2001, 219).

Ya advertía G.W. Hegel que el hombre antiguo hallaba su propia identidad en la adhesión a las creencias y los valores de su comunidad y que precisamente la aparición del derecho a la libertad subjetiva marcará el tránsito de la Antigüedad a la Época Moderna (cit. por Bovero 1993, 110-101). Esta reflexión está presente en una amplia bibliografía antropológica y sociológica, desde E. Durkheim a A. Giddens, pasando por L. Levi-Brul o N. Elías, pero desgraciadamente tiene poco calado aún en el estudio del pasado prehistórico³.

3. Una interesante excepción se encuentra en los recientes trabajos de Almudena Hernando (1997; 1999 a, b, c; 2001)

Podemos observar sin dificultad alguna que, cuando utilizamos el concepto de individuo al estudiar las prácticas funerarias de la Prehistoria, lo entendemos como una entidad bien definida y estable, antagónica de lo social o grupal, donde la persona, se construye a partir de atributos que se suponen universales e intrínsecos. Pero esta premisa no deja de ser un prejuicio, ya que la separación y oposición entre individuo y sociedad (el yo y los otros) tal y como existe hoy en día no es, ni una idea evidente y común a todos los seres humanos, ni un tipo de autopercepción del ser humano que haya prevalecido en todas las épocas (Elías 1990, 108). En sociedades arcaicas como las que estudiamos, al existir procesos de individualización poco desarrollados, la categoría de adulto se alcanza en momentos iniciales de la vida (ritos de iniciación) frente a la demora y complejidad que las caracteriza en sociedades occidentales. Y es que será la creciente diferenciación social del trabajo, como apuntara E. Durkheim, la que favorezca la aparición de *individuos*. Por el contrario en sociedades más simples, al ser humano se le ofrece un sólo camino en línea recta, ser hombre o mujer, evitando que tenga conciencia de si mismo como algo extraño e independiente de su propio grupo, como una persona, hasta cierto punto enfrentada a su propio grupo (Elías 1990, 122).

Creemos por tanto que la dialéctica individuo-sociedad debe ser ubicada históricamente. En los términos apuntados por A. Giddens lo privado (como propio de lo individual), es una creación de lo público (invasión del estado) y viceversa, formando parte de un sistema de referencialidad interna que sólo ha aparecido recientemente (1995, 193-194), por todo lo cual, nosotros preferimos excluirla, por inapropiada, de la comprensión de la prehistoria donde, como ha apuntado A. Hernando, la identidad no se basa en la diferencia, sino en la semejanza de sus miembros, y en la identificación con el grupo (Hernando 1999, 16). En definitiva debemos empezar a utilizar un concepto de individuo más exigente, que se constituya en términos de relaciones interpersonales (concepto sociocéntrico o relacional) (Brück 2001, 654; Criado 2001, 128) y donde cuerpo (recuperado arqueológicamente) no necesariamente es sinónimo de individuo (Thomas 2000, 657).

No obstante, tales postulados no defienden un visión paradisíaca de la prehistoria, asimilable a una sociedad sin tensiones ni ejercicio del poder, sino que realmente lo que niega es que tales dialécticas pueden encarnarse en un binomio tan reductivo como el que hemos criticado. Como ya apuntara en su momento M. Foucault, debemos reconocer que las relaciones de poder son históricas y que cambian sus características a través del tiempo, pero esto no nos debe ocultar que ninguna sociedad, en definitiva, desconoció su existencia.

SEGUNDA PARTE: El megalitismo más meridional

8. CUESTIÓN DE PRINCIPIOS

Generalizando, podríamos discernir dos comportamientos o actitudes diferentes a la hora de comprender el fenómeno megalítico. Con la primera, que creemos especialmente extendida en su estudio en el sur peninsular, se identificarían los investigadores que ven en él una práctica funeraria, propia de sociedades campesinas, que emergió independientemente en ciertas regiones donde los grupos humanos alcanzaron un determinado nivel de madurez (Gonçalves y Sousa 2000, 69). Desde esta óptica, y ajustados a los principios generales planteados por Renfrew, el megalitismo supone, la erección de singulares construcciones que se constituyen en marcadores de la territorialidad de los citados grupos sociales y permiten el control de ciertos recursos críticos a la vez que permiten reproducir ideológicamente un orden social de naturaleza colectivista y solidaria, y que, sólo con el tiempo, reflejarán paulatinamente el estatus social de ciertos individuos (García Sanjuán 2000, 173). En otras ocasiones el mensaje que se esconde tras estos monumentos funerarios, lejos del pretendido carácter comunalista, se ve como la explicitación intencionada e ideológica de las disimetrías existentes en la sociedad prehistórica que se refleja en las diferencias existentes entre unas tumbas y otras (Cámara 2000, 104). Pero sobre todo será la contemporaneidad de deposiciones de esqueletos humanos tanto en sepulcros megalíticos como en pozos/basureros (el aspecto ubicuo de la muerte ya comentado) lo que se interprete como resultado de una diferencia social de tal naturaleza (esclavitud, clientelismo?) que excluye a determinados individuos, lo arrojados en silos y pozos reutilizados, del propio ritual megalítico (Arteaga y Cruz-Auñón 1999, 613; Nocete 2001, 99).

Esta perspectiva interpretativa, sin negar la mayor, o sea que el megalitismo es un fenómeno que desborda el ámbito del sur peninsular, se encuentra especialmente cómoda en los estudios particulares o regionales⁴, convencida de que en la reconstrucción de los procesos históricos que tienen lugar en las distintas zonas meridionales, el megalitismo se integrará coherentemente sean cualesquiera los ritmos y el alcance que dichos procesos lleguen a contemplar. El megalitismo se concibe así como una estación de obligado paso, en la que fijamos los horarios, el tiempo de detención y constatamos las posibles demoras con las que se transita. Desde esta visión, las referencias a un marco geo-

4. Los, por otra parte, excelentes trabajos recopilatorios sobre el megalitismo peninsular (Arribas y Molina 1984; Muñoz 1986; Rodríguez 1996) se han centrado sistemáticamente en el desarrollo local de la investigación de este fenómeno, echándose en falta, según nuestra opinión, trabajos generales de interpretativos y de síntesis.

gráfico más amplio (supra-regional, peninsular y/o atlántico) sólo se hacen necesarias en los estudios generales y de síntesis, pues existe un convencimiento generalizado de que lo particular encierra las llaves de la comprensión global. Por otra parte, tal contingencia libera a los investigadores de rastrear la fisonomía arqueológica de otras regiones megalíticas, convencidos de que los, supuestos, particularismo que las caracterizan, y a la vez las diferencian de nuestro ámbito de estudio, muy poco o nada pueden aportar a nuestras propias conclusiones.

Una segunda actitud ante el problema –arqueología del paisaje-, presente en muchos de los estudios del megalitismo gallego y portugués (p.e. Criado 1989, 1993 a y b; Criado, Gianotti y Villoch 2000; Estevez, Parceró y Criado 1997; Viloch 2001; Valera 2000; Oliveira y Oliveira 2000) considera que los monumentos, no responden tanto una particular moda funeraria que se inserta en un devenir histórico evolutivo (con mayor o menor carga ideológica), si no que reflejan una manera-de-estar-en-el-mundo, un **paisaje** determinado que resulta intransferible a otros espacios y tiempos. Desde esta óptica se puede afirmar que pese a sus aparentes mil caras, el megalitismo, al menos su versión clásica⁵, es uno, y como tal, hay que entenderlo allí donde se manifieste. Los sepulcros megalíticos y sus variantes son entendidos, desde estos planteamientos, como unos elementos más de un lenguaje material que, químicamente hablando, y valga el símil, se precipitan configurando un peculiar paisaje europeo, que estará en vigor, en muchas regiones, desde finales del VI hasta, prácticamente mediados del III milenio a.C. Para ser consecuentes con estos principios, nos vemos obligados a cambiar, o mejor dicho a combinar, distintas escalas de análisis, intentando, en todo momento, que nuestros estudios de realidades concretas se inserten en el proceso global que acontece, según creemos, en numerosas otras zonas europeas de forma similar y a un mismo tiempo.

No obstante, tales asunciones nos obligan también a redefinir aspectos económicos (base agrícola, patrón de asentamiento), sociales (igualitarismo versus jerarquización) simbólicos (ideología, religión, etc.) o cognitivos (percepción y construcción de la realidad) que la visión más tradicional considera constantes y sujetos a cambios exclusivamente de grado (orientados casi siempre hacia la complejidad). No es fácil la tarea, y la falta de tradición en estos enfoques, lastra considerablemente las conclusiones iniciales a la que podamos llegar; en cualquier caso, consideramos positivo incorporar nuevas visio-

5. Permítasenos utilizar, sólo coyunturalmente, la expresión Megalitismo clásico para diferenciar el paisaje megalítico general, con una fuerte implantación en todo el occidente europeo cal. IV-III a.C., de otros procesos locales o tardío que también pueden incluir en su desarrollo algún tipo de arquitectura megalítica, aunque, según defendemos, desde principios económicos, social y simbólicos bien distintos.

nes que tienda a provocar el disenso y el inconformismo en unos estudios, que al menos a nosotros, nos parecen demasiado acomodados. En este empeño, y para terminar nuestro trabajo, aportamos una breve lectura de este fenómeno en el sur peninsular ajustada a unos principios que no pretenden reflejar alternativa alguna sino que se limitan a reclaman la convivencia de maneras diferentes de *pensar* el megalitismo.

9. EL PAISAJE DE LAS GRANDES PIEDRAS

A diferencia de lo que parece ocurrir en otras regiones occidentales (p.o. Galicia, sur de las Islas Británicas), en el sur peninsular, el Neolítico, independientemente de cómo lo entendamos, antecede claramente al fenómeno monumental. Esto nos sitúa ante un neolítico, *no-megalítico*, de manifiesta raigambre *mediterránea*. No entraremos aquí, no es nuestra intención, en las discusiones sobre la neolitización de nuestra región, sólo remarcaremos que el paisaje que parece emerger tras dicha contingencia histórica, y que se establece durante el VI-V milenio a.C, en nada se parece (nos parece), al que caracterizará a los grupos constructores de monumentos dos mil años después. En cualquier caso, el hecho evidente de que este *neolítico-no-monumental* (antiguo y medio) anteceda al neolítico megalítico (neolítico final/cobre antiguo) pensamos que ha favorecido, desde la óptica tradicional, el considerar el *advenimiento de las grandes piedras* como resultado lógico de un proceso orientado siempre hacia la complejidad (económica y social). Por el contrario nosotros creemos que, realmente, nos encontramos ante dos paisajes bien distintos que, sin negar la naturaleza histórica de la mudanza observada entre ellos, sólo pueden ser comprendidos desde sus respectivas lógicas internas. Este *neolítico-de-las-grandes-piedras* peninsular, creemos que coincide, y lo intentaremos fundamentar a continuación, con el *megalitismo clásico* europeo, que -desde el sur de la península escandinava hasta Gibraltar- estará en vigor también en nuestras latitudes, aproximadamente, hasta que, a mediados del tercer milenio, sea sustituido por la forma inicial de vida campesina. La similitud que defendemos se fundamenta en la existencia de *un paisaje común* pero que, formal y académicamente, ha sido seccionado en culturas como la Chassense, Michelsberg-Warberg, TRB o el Neolítico Inicial Británico atendiendo exclusivamente a la morfología aparentemente irreconciliable de su cultura material y menospreciando las semejanzas clamorosas que se observan en otros ámbitos de naturaleza económica, social y simbólica.

El paisaje, frente al espacio, es el entorno vivido de un grupo, es ante todo una construcción o un producto social, que para existir requiere de una cosmogénesis previa. Así el "mundo" se constituye por un límite (finisterrae) y

un espacio habitado (ecumene) y se articula y concreta en lugares. El "lugar" (place) frente al espacio geométrico (space), varía según el individuo y el grupo cultural, lo que supone que los valores espacio-temporales que se proyectan sobre cada territorio histórico depende sustancialmente del criterio de racionalidad dominante en cada grupo social (Fu-Tuan, 1984). En definitiva la construcción del espacio es una parte esencial del proceso de construcción de la realidad realizada por un determinado sistema de saber (Criado 1993, 11). Frente al espacio original, que precede al pensamiento y no puede ser conocido de forma clara y explícita, el espacio posterior, ya paisaje, sólo resultará de la existencia de un observador dotado de conciencia (Valera 2000, 114), por lo que siempre será subjetivo, social y por naturaleza, histórico. En este empeño de construir socialmente el territorio, los procesos de cosmogénesis apuntados necesitan de unas auténticas arquitecturas de los lugares (Guidoni 1989, 10) que en definitiva obedecen a distintas maneras y grados de apropiación de la naturaleza (Ingold 1986).

Al menos inicialmente, son dos los aspectos generales que deben ser reconocidos⁶ en la configuración de un paisaje, a saber: el patrón de asentamiento y el paisaje ritual. El primero nos identifica los modos de uso, ocupación y transformación de la tierra y es resultado de la interacción de las gentes con el medio que le rodea, del que se obtienen los recursos subsistenciales, materias primas y objetos para el cambio o comercio; no obstante esta explotación estará condicionada por componentes sociales e ideológicos y no puede ser recreada de forma mecánica sino histórica (Anschuetz, Wilshusen y Scheick 2001, 177). Esta última afirmación nos advierte de que los recursos, sean bióticos o abióticos, no tienen un valor constante y universal en todas las sociedades. Por ejemplo la obtención, transformación y consumo de artefactos líticos tallados se convierte, en el paisaje megalítico, en un fenómeno de singular importancia que desborda su simple valor utilitario, y no encuentra parangón en otros momentos de la prehistoria reciente⁷. La manera como los grupos resuelvan el

6. Lógicamente esta dicotomía sólo puede existir en la mente del arqueólogo y se justifica sólo analíticamente (enfoque etic). Por el contrario hemos de asumir que divisiones conceptuales entre lo sagrado y lo profano son impensables en las sociedades que estudiamos (enfoque emic). Así, tanto el patrón de asentamiento, la territorialidad y el paisaje ritual se configuran, sin límites y de forma integrada, en la ontología arcaica.
7. Como ocurre en el sur de España y coincidiendo con el paisaje megalítico, en culturas como la Chassense (Spiennes), Michelsberg (Rijkholt-Saint-Geertruid) o Neolítico Inicial Británico (Cissbury, Grimes Grave) etc. se observa una inusitada actividad minera y manufacturera que arqueológicamente se manifiesta en pozos, zanjas y sistemas de galerías más complejas. Estas tareas fueron desarrolladas por comunidades que explotaron intermitentemente los recursos y por motivos no puramente económicos (Edmonds 1999, cap.3; Scarre 2001, 293-295 Márquez ep. a).

acceso y la propiedad de los recursos, y las relaciones sociales implicadas en ese empeño, determinará la creación de distintos territorios. Por último el paisaje ritual es producto de acciones estereotipadas, incluyendo actos específicos y secuencias de actos, que representan el orden socialmente prescrito en el que las comunidades definen, legitiman y sostiene la ocupación de su territorio (Anschuetz, Wilshusen y Scheick 2001, 178).

Teniendo presente estas entidades paisajísticas intentaremos analizar brevemente, la naturaleza del megalitismo meridional, con un doble objetivo: primero observar como el patrón de asentamiento y el mundo de las creencias implícito en tal paisaje sagrado es común al descrito en otras partes de Europa durante el IV y III milenios cal. a.C., y segundo, que se diferencia sustancialmente de otros paisajes propios de la Prehistoria Reciente peninsular. Vayamos por parte.

10. RECINTOS PREHISTÓRICOS ANTRINCHERADOS: Espacios circulares y sagrados

El *megalitismo clásico* peninsular parece remontarse a mediados del V milenio cal. a.C. cuando ciertas comunidades *cuasi-mesolíticas* (neolítico antiguo evolucionado - y/o transición al neolítico medio) del suroeste levantan construcciones monumentales primigenias; estamos hablando de un *protomegalitismo* que se concreta en: la construcción de cistas de planta oval o rectangular, cerradas al exterior, cubiertas por túmulos de bloques de piedra o con la masa tumular exclusivamente de tierra y que, en su interior, alberga inhumaciones individuales en posición fetal, con escaso contenido artefactual (Soares y Tavares da Silva 2000, 127). Esta caracterización del monumentalismo inicial encuentra, sin dificultades, semejanzas con las primeras fases del *megalitismo clásico*, tanto en el norte de Portugal y Galicia (Alonso y Bello 1997, 513-514) como en Bretaña o en la península de Jutlandia, donde se observa que las tumbas iniciales son cistas, cerradas al exterior, con deposiciones individuales y esqueletos articulados (Bradley 1998, 63-67).

No obstante, la realidad es que durante el cal. IV milenio y parte del III a. C., se generalizan los sepulcros de corredor y galería cubiertos con túmulos de variable magnitud que se dispersan por la mayoría del territorio del Algarve y Andalucía. La variedad asombrosa que estos sepulcros pueden presentar en su morfología, especialmente en la forma de sus plantas, ha embarcado a los investigadores en discusiones sobre tipología y procesos evolutivos entre tipos que, en última instancia y según nuestra opinión, poco han aportado a la comprensión del fenómeno megalítico. Los dólmenes no nos han dejado ver el megalitismo.

Por otra parte el problema que atormentó a los investigadores ante la inicial dificultad para encontrar a los “vivos” en un mundo poblado aparentemente *sólo* por muertos, parece haber quedado zanjado, consensuado casi, en el momento que se han ido documentado yacimientos antiguos y contemporáneos a los *dólmenes* como es el caso de los emblemáticos Papa Uvas, Valencina, o el Polideportivo de Martos, entre muchos otros. Tales hallazgos, caracterizados por amplios espacios con zanjás y pozos o silos en su interior, se interpretan en la actualidad como incuestionables asentamientos humanos de carácter permanentes. Se está repitiendo, según nuestro criterio, el mismo error ya presente en la bibliografía europea de postguerra, al confundir, como vimos más arriba, esta fenomenología arqueológica tan particular, con auténticos poblados sedentarios. A modo orientativo, cabe citar que, desde la península escandinava hasta el sur de Portugal, se tiene contabilizados en la actualidad más de 2400 yacimientos de esta naturaleza (Raetzl-Fabian 2002) mientras en Andalucía se los considera como reflejos de procesos sociales particulares y de incomparable magnitud (Arteaga y Cruz-Auñón 1999, 615; Nocete 2001, 67, 84 y 95).

Los recintos prehistóricos atrincherados (RPA) como preferimos denominarlos son la cara oculta del megalitismo y como hemos apuntado en otro momento (Márquez 2001), creemos que sus zanjás, lejos de ser sistemas defensivos, trazan o inscriben en el terreno un *cosmo* o espacio ordenado y sagrado y lo hacen recurriendo a una, tan vieja como humana estrategia, el establecimiento de una *dialéctica de lo de dentro y de lo de fuera* como fue definida por G. Bachelard (1994, 250-270). Cuando se abren estas trincheras se establecen un espacio circular con un significado claramente de pertenencia, entre los que acceden y permanecen en el interior de estos recintos, y de exclusión, en aquellos otros a los que el acceso, la estancia o el tránsito están vedados o restringido. Podemos estar hablando de limitaciones aplicable a clanes enteros o sólo a grupos de sexo o edad. La dialéctica dentro/fuera permite el ejercicio didáctico que reproduce las reglas de ordenación del mundo y en consecuencia son de naturaleza cosmogénica (Márquez 2001, 70).

El espacio interior y circular, sin negar que pudiera haber jugado también un papel socioeconómico (intercambios, políticas matrimoniales, etc) (Dubouloz, Mordant y Presteau 1989, 213) es testigo de encuentros y ritos ceremoniales de poblaciones dispersas que cíclicamente se encuentran y reconocen socialmente al compartir un lugar sagrado en el que *siembran* deposiciones ajustadas a un ritual sorprendente homogéneo en gran parte del occidente europeo. La introducción en pozos de cerámicas o molinos fracturados, restos de talla, o animales como bóvidos, cerdos y perros, y en ocasiones restos humanos, está presente en los yacimientos contemporáneos del Neolítico Inicial Británico, la cultura TRB, el Chassense y la cultura Michelsberg (Márquez ep. b). Negar esta evidencia es negar que en todas estas comunidades existe un

mismo modo de pensamiento y un mismo sistema de saber y que comparten un paisaje ritual común, configurado espacialmente, por necrópolis megalíticas y recintos circulares que se constituyen en significativos lugares de encuentro.

11. MEGALITISMO: Percepción y posesión dinámica del territorio

Si, desactivamos también en el sur peninsular, la interpretación de los RPA como evidencias de poblados permanentes y los pozos hallados en su interior como silos de almacenaje, no encontraremos con lo que muchos investigadores han descrito en otras regiones atlánticas: un poblamiento disperso, y sin evidencias de sedentarismo ni modo de vida campesino consolidado. El paisaje megalítico se convierte en poliédrico y dinámico, nunca estático y sólo puede ser percibido en su integridad y con todos sus matices desde la marcada movilidad de los grupos neolíticos que se desplazan por él, junto con sus ganados, siguiendo ritmos socialmente prescritos.

La atomización que caracteriza a la población en sus rutinas de traslado y explotación cíclica de recursos se concreta arqueológicamente en asentamientos efímeros, en no pocas ocasiones, cavernícolas, que apenas si dejan huellas en el registro empírico. Articulando todos estos desplazamientos se distribuyen los RPA. Por ejemplo diferentes estudios realizados sobre la dispersión de estos yacimientos en otras zonas europeas apuntan a su ubicación estratégica a lo largo de los valles fluviales y/o en zonas de marcado tránsito natural (Dubouloz, Mordant y Presteau 1989; Raetzl-Fabian 2002). En cualquier caso hay que reseñar que las celebraciones sociales, de intercambio y ritos de tránsito, que pudieron realizarse en los *enclosures*, ateniéndonos a lo recogido por la literatura antropológica, bien pudieron durar semanas e incluso años y pudieron conllevar prácticas domésticas paralelas registrables arqueológicamente, pero en cualquier caso, bien distintas a las que cabrían esperar en poblados permanentes. Habría que pensar que en estos espacios circulares o en sus inmediaciones se pudo concretar un tipo diferente de asentamiento: de naturaleza inestable, desmembrado y sin cohesión espacial interna, ajeno a estrategias optimizadoras y a la explotación continuada de recursos críticos y, quizá, dependientes exclusivamente de las prácticas y encuentros de naturaleza predominantemente social allí realizadas; generados, en definitiva, por la sucesión, durante largo tiempo, de puntuales eventos deposicionales de pequeña y mediana escala (Márquez y Fernández e.p.).

Pero esta movilidad de hombres y ganados no puede ser confundida con la característica de los cazadores recolectores; ni debe ser interpretada como reflejo de un arcaísmo o manifiesta incapacidad de desarrollar el modo de vida campesino. Tampoco puede ser confundida con el modo de vida bucólico y

pastoril. El megalitismo como cualquier otra modalidad de paisaje supone la imposición de un orden humano (Ingold 1993, 154). Como apunta F. Criado la monumentalidad funeraria propia del megalitismo responde a una forma nueva de entender la posición del hombre y su sociedad en el marco de la naturaleza; los monumentos son en cualquier caso actos, expresiones y concreciones de un determinado pensamiento y a través de ellos se configura el espacio y el tiempo entre determinados grupos de la prehistoria (1989, 76-78). Supone, sin duda, una apropiación o domesticación de la naturaleza, pero para nosotros, no coincide con la consolidación del modo de vida campesino, sino mejor, casi su negación o resistencia. Podría resultar sugerente buscar en esta reacción megalítica la respuesta de la *sociedad indivisa* ante el riesgo real del surgimiento de cualquier autoridad política en su interior (Clastres 1996), de tal manera que los monumentos representaran un discurso contra el poder (dividido) y no a su favor (Criado 1989, 91-92).

No obstante el orden humano que se manifiesta en este paisaje, como cualquier otro, conlleva una manera propia de posesión de la tierra y sus recursos, aunque, posiblemente no se articule de forma tan simplista –marcas territoriales– como propusiera en su día Renfrew. Por el contrario, los monumentos pudieron integrarse mejor como lugares dentro de una red de senderos o caminos cuyo uso rutinario por parte de uno o varios grupos expresaba derechos heredados de acceso o tránsito a través del territorio (Barret 1994, 137). Quedarían así constituidos mapas genealógicos, -geografía ancestral en los términos de M. Edmonds– que, a modo de sistema de balizamiento sagrado, semantizan el paisaje y determinarían los ritmos de paso y el acceso a los recursos. Desde esta óptica un dolmen aislado no ubica ni fija un recurso crítico, mucho menos el uso directo del suelo y su usufructo agrícola; por el contrario se incorpora activa y significativamente, (o sea sagradamente), en un marco territorial de referencia que sólo puede cobrar sentido de forma relacional y dinámica. La tierra se posee como se percibe (y/o viceversa).

Las fronteras o límites de estos territorios dinámicos, no debieron ser inmutables y, seguramente, tuvieron que ser continuamente redefinidos o recreados. Como parte de una cartografía mental, se sustentarían sobre sentimientos, historias, juegos de memoria e identidad y, necesariamente, en relación con una cosmogonía: en definitiva se encarnarían en un microcosmos propio (Oliveira y Oliveira 2000, 103-104). El acompasamiento de estos ritmos con otros próximos o vecinos posibilitaría encuentros y concurrencias en lugares comunes (intercambios, políticas matrimoniales, ritos de iniciación etc). También permitirían la agregación poblacional puntual y necesaria para emprender empresas colectivas –por ejemplo construcción de túmulos, recintos atrincherados, etc.- que, como es sabido, dan cohesión social a las organizaciones tribales muy atomizadas. Podríamos prescindir así del argumento tradicional que de-

fiende una movilización constante de fuerza de trabajo como única manera de erigir estas obras. En esta línea, cada día se consolida más la idea de que los monumentos megalíticos (cualesquiera que fuera su naturaleza) no fueron planificados, conceptualizados previamente, como si fuera una entidad en la mente de algún jefe autocrático sino dentro de lo que C. Lévi-Strauss definió como una tradición de *bricolage* (Barret 1994, 13, 24) emprendida por grupos relativamente pequeños, pero eso sí, llevados a cabo y modificados durante varias generaciones (Edmonds 1999, 58).

12. UN MEGALITISMO EXCÉNTRICO: Los Millares *et alii*

La desintegración del *paisaje-de-las-grandes-piedras* contempló distintos ritmos. En algunas zonas se produjeron procesos que podríamos denominar *tardomegalíticos* (Márquez 2000, 105) que consistirían en novedosas estrategias arquitectónicas pero surgidas de la apropiación y reinterpretación de viejas ideas megalíticas (p.e. *Round Barrows*) o simplemente la reutilización de monumentos antiguos. En cualquier caso, aproximadamente a mediados del *cal.* III - principios del II milenio a. C, la forma de vida campesina empieza a generalizarse en todo el continente. Se produce en palabras de R. Bradley una transición del *paisaje de los monumentos al paisaje de los campos*, de tal manera que en amplias zonas de Europa se manifestó la *revolución neolítica* en toda su amplitud (necrópolis junto a los poblados, aparición de sistemas de campos, poblados estables, arquitectura defensiva, concentración de graneros en el interior de los poblados, etc) no antes de la Edad del Bronce Medio (Bradley 1998, cap.10; Barret 1994, cap.6; Thomas 1999, cap.2; Scarre 2001, 29). En el sur peninsular la cosas fueron algo distintas.

A finales del *cal.* IV milenio y durante la primera mitad del III (ver referencias cronométricas en Castro, Lull y Micó 1996, 76-84), o sea casi dos mil años después de que se consolidara el paisaje megalítico que hemos descrito, surgen los primeros asentamientos humanos de carácter permanentes en el sur de la Península Ibérica (tradicionalmente conocidos como horizonte Millares-VNSP). Tales poblados, inicialmente circunscritos al sureste y la desembocadura del Tajo, tuvieron una implantación más considerable de la inicialmente propuesta, aunque por los datos que poseemos, no llegaron a generalizarse en todo el sur peninsular. Con ellos, aparecen los primeros dispositivos *defensivos*(¿?): murallas, torres, y bastiones; y, aunque tal afirmación pueda resultar más comprometida, también surge y/o se generaliza un megalitismo no ortostático (tholois o sepulcros de falsa cúpula); al menos eso parece desprenderse de su tardía cronología (Castro, Lull y Mico 1996, 74) y de la evidente relación que se puede establecer entre ambos fenómenos en algunas regiones

meridionales (Gonçalves y Sousa 2000, 75). Si integramos estos singulares cambios en una mayor escala de análisis, observaremos su marcado excentricismo dentro del oeste europeo, no sólo por ubicarse geográficamente en la periferia del ámbito megalítico clásico, sino por suponer con respecto a otras regiones occidentales, un megalitismo funerario claramente tardío (circa +2000 años) junto a un proceso de sedentarización manifiestamente precoz (circa -500/1000 años)⁸.

Las lecturas procesualistas y la arqueología social han ubicado este fenómeno (poblados Millares/VNSP) al final de ciertos procesos de complejidad propios de la Prehistoria del Sur de la Península Ibérica, que se reconocería por una intensificación agrícola y artesanal –metalúrgica- y por la aparición de una marcada desigualdad e indicios de un militarismo creciente. Por ejemplo, algunos autores han reconocido en yacimientos tipo Valencina/Papa Uvas, (RPA en nuestra lectura) los antecedentes (formales y/o históricos) de estos poblados amurallados (Nocete 2001, 50; Lizcano 1999, 10), afirmación esta con la que, como parece lógico y evidente, no podemos estar de acuerdo tras desarrollar los argumentos centrales de este trabajo. Por otra parte, la convivencia manifiesta, en ciertas regiones y durante unos 500 años (cal.3000-2500 a.C.), de esto poblados fortificados y los *poblados abiertos*⁹ y RPA megalíticos, ha sido interpretada como resultado de una tela de araña de funciones complementarias y realidades coexistentes (Gonçalves y Sousa 2000, 66-67) lo que supondría, en última instancia, una jerarquización espacial entre asentamientos contemporáneos.

Nosotros, por el contrario, preferimos considerar estos poblados amurallados como la manifestación de un nuevo paisaje, o lo que es lo mismo, de un nuevo patrón de asentamiento, con la creación de un nuevo modelo de territorialidad y de nuevos paisajes rituales. Creemos así, que la sustitución de estos dos paisajes distintos, (*landscape of megalithic versus landscape of fields*), observada desde una visión lineal y evolucionista, ha podido configurar una falsa percepción del proceso histórico inmerso en una complejidad social en aumento y, aparentemente, sin solución de continuidad, cuando en realidad asistíamos a la aparición, y puntual convivencia (aprox. 500 años), de modelos distintos de percibir, construir y explotar el medio. Así la complejidad observada –siempre *in crescendo*–, tal vez puede haber resultado de la comparación

8. Excepciones tardías al megalitismo no campesino las podemos encontrar también en ORKNEY (Skara Brae) y SHETLAND en el norte de las islas británicas, pero como ha apuntado J. Thomas parece que son la excepción y no la norma. (1999: 33).

9. El término poblados abiertos es utilizado por los autores portugueses para referirse a los asentamientos propiamente neolíticos anteriores a los poblados calcolíticos tipo VNSP. No obstante algunos debieron ser auténticos enclosures, como Povado dos Perdigoes (Lago *et alii* 1998).

dialéctica de grupos con un modo de vida plenamente campesino con otros ajenos a tal modelo. En tal caso, y sin negar la posible existencia de procesos históricos de complejidad social en ambos, creemos que estos deberían de ser desentrañados en su propio contexto de racionalidad, no dialécticamente, y advertidos de que pudieron encarnarse en discursos y prácticas de poder diferentes y menos tópicos de lo supuesto hasta estos momentos. Incluso no podemos descartar que fuera, precisamente entre los grupos megalíticos, donde, cuantitativa y cualitativamente, existiera un mundo socialmente marcado por relaciones humanas (edad, género, o producción) más densas y elaboradas. Por ejemplo, las revisiones críticas que últimamente se están realizando sobre el *horizonte Millares*, tienden a minimizar los procesos de jerarquización social que se aceptaban tradicionalmente (Gilman 1999, 91).

Para finalizar cabe reflexionar sobre una curiosa circunstancia: la cohabitación que existió entre ambos paisajes en el sur peninsular, finaliza cuando, coincidiendo con otras muchas zonas europeas, se implanta aquí el modo de vida campesino, en torno al *cal.* 2500-2250 a.C.; en ese momento, el megalitismo excéntrico y sus asentamientos murados desaparecen de manera tan brusca como había aparecido. Se trataba por tanto de un callejón sin salida, de un proceso histórico singular?, o simplemente, los recintos, los muros y murallas, que parece contrarrestar y negar la movilidad de las gentes, habían servido de escenario propicio para representarse a sí misma una sociedad diferente a la megalítica? (Oliveira y Oliveira 2000, 109).

BIBLIOGRAFIA

- ALONSO, F. y BELLO, J.M^a. (1997): "Cronología y periodización del fenómeno megalítico en Galicia a la luz de las dataciones por carbono 14", en RODRÍGUEZ CASAL, A. (ed) *O Neolítico Atlántico e as oixes do megalitismo. Actas do coloquio internacional*, Santiago de Compostela, 1-6 de Abril de 1996, 507-520.
- ANSCHUETZ, K.F.; WILSHUSEN, R.H. y SCHEICK, C.L. (2001): "An archaeology of landscapes: Perspectives and directions", *Journal of Archaeological Research*, vol. 9, nº 2, 157-211.
- ARTEAGA, O. y CRUZ-AUÑÓN, R. (1999) "Una valoración del Patrimonio Histórico en el Campo de Silos de la Finca El Cuervo-RTVA. (Valencina de la Concepción, Sevilla) Excavación de urgencia de 1995", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1995*, vol. III, actividades de urgencia, 608-616.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1984): "Estado actual de la investigación del Megalitismo en la Península Ibérica", *Scripta Praehistórica, Francisco Jordá Oblata*, Salamanca, 63-112.
- BACHERLARD, G. (1994): *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México (edi.orig. 1957).

- BARRETT, J. C. (1988): "The Living, the Dead and the Ancestors: Neolithic and Early Bronze Age Mortuary Practices", en BARRETT, J.C. y KINNES, A. (eds.) *The archaeology of Context in the Neolithic and Bronze Age. Recent Trends*, Huddersfield., 30-41.
- BARRETT, J. C. (1994): *Fragments from Antiquity. An archaeology of social life in Britan, 2900-1200*. B.C. Blackwell, Oxford.
- BENDER, B. (1998): *Stonehenge. Making space*. Berg, Oxford-New York.
- BOVERO, M. (1993). "Modernidad", en CRUZ, M. (Ed.), *Individuo, modernidad, historia*. Tecnos, Madrid, 97-112.
- BRADLEY, R. (1984): *The social foundations of prehistoric Britain, themes and variations in the archeology of power*, Logman, Londres y Nueva York.
- BRADLEY, R. (1993): *Altering the Earth: The origins of monuments in Britain and Continental Europe*, Society of antiquaries of Scotland, Monograph series nº 8, Edinburgh.
- BRADLEY, R. (1998): *The Significance of Monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*, Routledge, Londres y Nueva York.
- BRÜCK, J. (2001): "Monuments, Power and Personhood in the British Neolithic", *Journal of the Royal Anthropological Institute* nº 7, 649-667.
- CÁMARA, J.A. (2000): "Bases teóricas para le estudio del ritual funerario utilizado durante la prehistoria reciente en el sur de la península ibérica", *Saguntum, Papeles del laboratorio de arqueología de Valencia*, nº 32, Universitat de Valencia 2000, 103-104.
- CASTRO, P.V.; LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*, BAR International Series 652, Oxford.
- CLASTRES, P. (1996): *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, Barcelona (edi. Orig. 1981).
- CRIADO, F. (1989): "Megalitos, espacio, pensamiento", *Trabajos de Prehistoria*, nº4, 75-98.
- CRIADO, F. (1993 a): "Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje", *Revista Spal*, nº2, 9-55.
- CRIADO, F. (1993 b): "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico", *Trabajos de Prehistoria*, nº 50, 39-56.
- CRIADO, F. (2001): "Problems, functions and conditions of archaeological knowledge", *Journal of Social Archaeology* vol. 1 (1), 126-146.
- CRIADO, F.; GIANOTTI, C. y VILLOCH, V. (2000): "Los Túmulos como asentamientos", *Actas del 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, Vila Real 1999, Portugal, vol. 3, 289-302.
- CHAPMAN, R. (1981 a): "The emergence of formal disposal areas and the "problem" of megalithic tombs in prehistoric Europe" en CHAPMAN, R; KINNES, I. y RANDBORG, K. (eds.), *The archaeology of Death*, Cambridge University Express, Londres, 71-81.
- CHAPMAN, R. (1981 b): "The megalithic Tombs of Iberia" EN EVANS, J.; CUNLIFFE, B. y RENFREW, C. (eds.) *Antiquity and Man. Essays in honour of Glyn Daniel*, Thames and Hudson, London, 93-106.

- DUBOULOZ, J.; MORDANT, D. y PRESTREAU, M. (1989): "Les enceintes "Neolithiques" du Bassin Parisien" *Identité du Chasséen, Actes du Colloque International de Nemours 1989*, Mémoires du Musée de Préhistoire d'Ile de France nº 4, 211-229.
- EDMONS, M. (1993): "Interpreting Causewayed Enclosures in the Past and the Present", en TILLEY, C.Y.(ed.) *Interpretative Archaeology*, Londres: Berg, 99-142.
- EDMONS, M. (1999): *Ancestral Geographies of the Neolithic. Landscape, monuments and memory*, Routledge, Londres y Nueva York.
- ELÍAS, N. (1990): *La sociedad de los individuos*, Península, (edi.orig. 1987).
- SANTOS, M; PARCERO, C. y CRIADO, F. (1997): "De la arqueología simbólica del Paisaje a la arqueología de los paisajes sagrados", *Trabajos de Prehistoria*, 54, nº 2, 61-80.
- EVANS, C. (1988): "Acts of enclosure: A consideration of concentrically-Organised causewayed enclosures", en BARRET J.C. Y KINNES, I.A. (eds.) *The archaeology of context in the Neolithic and Bronze Age. Recent trends*, 85-96.
- FIELD, N.H.; MATTHEWS, C.L. y SMITH, I.F. (1964): "New Neolithic sites in Dorset and Bedfordshire, with a note on the distribution of Neolithic storage-pits in Britain", *Proceeding Prehistoric Society*, nº 15, 352-381.
- FU-TUAN, Y. (1984): *Space and place: humanistic perspective*. Philosophy in Geography, Reidel Publishing Company, Holland-Boston-Londres.
- GARCÍA SANJÚAN, L. (2000): "Grandes piedras, paisajes sagrados", *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, vol. 31, Junio 2000, 171-178.
- GIDDENS, A. (1995): *Modernidad e identidad del yo: El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Península, Barcelona.
- GILMAN, A. (1999): "Veinte años de prehistoria funcionalista en el sureste de España", *Boletín del seminario de estudios de arte y arqueología*, Tomo LXV, Universidad de Valladolid, 73-75.
- GONÇALVES, V. y SOUSA, A.C. (2000): "O grupo megalítico de Reguengos de Monsaraz e a evolução do megalitismo no Ocidente peninsular" en GONÇALVES, V.(ed.) *Muitas antas, pouca gente?* Actas do I Colóquio Internacional sobre Megalitismo, Trabalhos de arqueoloia 16, 11-104.
- GUIDONI, E. (1989): *Arquitectura Primitiva*, Aguilar, Madrid.
- HERNANDO, A.(1997): "Sobre la prehistoria y sus habitantes: Mitos, metáforas y miedos", *Complutum*, 8, 247-260.
- HERNANDO, A. (1999 a): "El espacio no es necesariamente un lugar: en torno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria", *Arqueología Espacial*, nº 21, 7-27.
- HERNANDO, A. (1999 b): "Percepción de la realidad y prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos", *Trabajos de Prehistoria* 56, nº 2, 19-35.
- HERNANDO, A. (1999 c): "El Neolítico como clave de la identidad moderna: la difícil interpretación de los cambios y los desarrollos regionales", *II Congrès del Neolítico a la Península Ibérica, Saguntum-Plav. Extra 2*, 583-588.

- HERNANDO, A. (2001): "Sociedades del pasado y prehistorias del presente. El caso del Calcolítico de la Península Ibérica", *Complutum*, nº12, 217-236.
- INGOLD, T. (1986): *The appropriation of nature. Essays on human ecology and social relations*, University Press, Manchester.
- INGOLD, T. (1993): "The temporality of the landscape", *Conceptions of Time and Ancient Society*, *World Archaeology*, vol. 25, nº 2, 152-174.
- LAGO, M.; DUARTE, C.; VALERA, A.; ALBERGARIA, J. ALMEIDA, F. y CARVALHO, A. (1998): "Povoado dos Perdigoes (Reguengos de Mosaraz): dados preliminares dos trabalhos arqueológicos realizados em 1997", *Revista Portuguesa de Arqueologia*, vol. 1, nº1, 45-152.
- LIDÉN, K. (1995): "Megaliths, agriculture and social complexity: A diet study of two Swedish Megalith populations", *Journal of anthropological archaeology*, nº 14, 404-417.
- LIZCANO, R. (1999): *El polideportivo de Martos (Jaén): Un yacimiento neolítico del IV milenio a. C. Nuevos datos para la reconstrucción del Proceso Histórico del Alto Guadalquivir*, Cajasur, Córdoba.
- MADSEN, T. (1988): "Causewayed enclosures in South Scandinavia" en BURGESS, C.; TOPPING, P.; MORDANT, C. Y MADDISON, M. (eds) *Enclosures and defences in the Neolithic of Western Europe*, BAR International Series 403 (ii), 301-335.
- MÁRQUEZ, J.E. (2000): *El megalitismo en la provincia de Málaga. Breve guía para su conocimiento e interpretación*. Colección Conocer Málaga, Servicio de Publicaciones Universidad de Málaga, 2000.
- MÁRQUEZ, J.E. (2002): "Lugares rituales y magia en la Prehistoria: dos casos singulares" en PÉREZ, A Y CRUZ, G. (eds) *Daímon Parédros. Magos y Prácticas mágicas en el Mundo Mediterráneo*, Madrid-Málaga, Ediciones Clásicas & Charta Antiqua, 31-78.
- MÁRQUEZ, J.E. (e.p. a): "El asentamiento del Peñón del Oso (Villanueva del Rosario, Málaga) y la Economía del Sílex a finales del III milenio a. C.". *III Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja, Las primeras comunidades metalúrgicas de la Prehistoria de Andalucía*, Homenaje al Profesor Arribas Palau.
- MÁRQUEZ, J.E. (e.p. b): "De los campos de silos a los agujeros negros: Sobre pozos, depósitos y trincheras en la Prehistoria Reciente del Sur de la Península Ibérica". *Revista Spal.*, Homenaje al Profesor Pellicer Catalá.
- MÁRQUEZ, J.E. y FERNÁNDEZ, J. (e.p.): "Viejos depósitos, nuevas interpretaciones: La Estructura nº 2 del yacimiento prehistórico de Los Villares de Algane, (Coín, Málaga), *Mainake*, Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Málaga.
- MEILLASSOUX, C. (1972): "From reproduction to production", *Economy and Society* nº 1, 93-105.
- MUÑOZ, G. (coord.) (1986): *Actas de la mesa redonda sobre el megalitismo peninsular*, 8-14 octubre 1984, España-Portugal.
- NOCETE, F. (2001): *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir*. Bellaterra, Barcelona.
- OLIVEIRA, V. y OLIVEIRA, S. (2000): "A monumentalização das paisagens durante a pré-história: alguns contributos para um debate", *Era Arqueologia*, nº1, Julio, 101-111.

- RAETZEL-FABIAN, D. (2002): "Monumentality and communication. Neolithic enclosures and long distance tracks in West Central Europe" *Symposium Perspective 2000 Cultural continuity and Social Change*, The 64th annual meeting of the society for American Archaeology, Philadelphia. (consultado en www.jungsteinSITE.de, artículo 5 Enero 2002).
- RENFREW, C. (1973): "Monuments, mobilization and social organization in neolithic Wessex", en RENFREW, C. (ed.) *The explanation of culture change: model in prehistory*, Duckworth, 539-558.
- RENFREW, C. (1981): "Introduction: The megalith builders of Western Europe", en Evans, J.; Cunliffe, B. y Renfrew, C. (eds.) *Antiquity and Man. Essays in honour of Glyn Daniel*, Thames and Hudson, London, 72-81.
- RENFREW, C. (1984): "Arqueología social de los monumentos megalíticos", *Investigación y ciencia* nº 88, 70-79.
- RENFREW, C. (1986): *El alba de la civilización. La revolución del Radiocarbono (c14) y la Europa Prehistórica*, Istmo, Madrid, (edi.orig. 1973).
- RIDEOUT, J.S. (1997): "Excavation of Neolithic enclosures at Cowie Road, Bannockburn, Stirling, 1984-85", *Proceeding Society of Antiquaries of Scotland*, nº 127, 29-68.
- RODRÍGUEZ CASAL, A. (ed) (1997): *O Neolítico Atlántico e as oixes do megalitismo. Actas do coloquio internacional*, Santiago de Compostela, 1-6 de Abril de 1996.
- SCARRE, C. (2001): "Modeling prehistoric populations: The case of Neolithic Brittany", *Journal of Anthropological Archaeology*, nº 20, 285-313.
- SHANKS, M. y TILLEY, C. (1982): "Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices" en HODDER, I, (ed) *Symbolic and structural archaeology*, University Press, Cambridge, 129-154.
- SMITH, I. F. (1966): "Windmill Hill and its implications", *Palaeohistoria XII*, 469-481.
- SOARES, J. y TAVARES DA SILVA, C. (2000): "Protomegalitismo do sul de Portugal: Inauguração das paisagens megalíticas" en GONÇALVES, V.(ed.) *Muitas antas, pouca gente?* Actas do I Colóquio Internacional sobre Megalitismo, Trabalhos de arqueoloia 16, 11-104.
- THOMAS, J. (1996): "The cultural context of the first use of domesticates in continental Central and Northwest Europe", En HARRIS D. (ed.) *The origins and spread of agriculture and pastoralism in Eurasia*, 1996, p. 310-322.
- THOMAS, J. (1998): "Some problems with the notion of External Symbolic Storage, and the case of Neolithic Material Culture in Britain", en RENFREW, C. Y SCARRE, C. (eds.) *Cognition and Material Culture: the Archaeology of Symbolic Storage*, McDonald Institute monographs, Cambridge, 149-156.
- THOMAS, J. (1999): *Understanding the Neolithic*, Routledge (orig. 1991 publicado con el título *Rethinking the Neolithic*).
- THOMAS, J. (2000): "Death, identity and the body in Neolithic Britain", *Journal of the Royal Anthropological Institute* nº 6, 653-668.
- VALERA, A. C. (2000) "Em torno de alguns fundamentos e potencialidades da Arqueologia da Paisagen", *Era Arqueologia*, nº1, Julio, 112-137.

- VILLOCH, V. (2001): "El emplazamiento tumular como estrategia de configuración del espacio social: Galicia en la Prehistoria Reciente" *Complutum* nº 12, 33-49.
- WHITTLE, A. (1988): "Contexts, Activities, Events – Aspect of Neolithic and Copper Age Enclosures in Central and Western Europe", en BURGESS, C.; TOPPING, P.; MORDANT, C. y MADDISON, M. (eds) *Enclosures and defences in the Neolithic of Western Europe*, BAR International Series 403 (ii), 1-19.